

Amor incondicional

Cristina del Toro Tomás

Aquella mañana de mediados de febrero, Mauricio se levantó entusiasmado. ¡Por fin había llegado el gran día!

Llevaba meses esperando esa fecha, pues era la única ocasión del año en la que se podía acudir a la cueva de la sabia bruja para pedir un deseo o encargar un hechizo. Durante un año se había dedicado a investigar qué materiales serían los que la hechicera pediría como pago por el conjuro que él pensaba encargar, y había viajado muy lejos para conseguirlos. Entusiasmado, abrió el baúl de mimbre donde guardaba los objetos que tanto le había costado encontrar —un diamante rojo tallado en forma de corazón y una rosa sin ninguna espina— y los tomó con sumo cuidado. Después de contemplarlos con la devoción asomada a sus ojos, los guardó en el zurrón, salió de su humilde cabaña y se puso en camino.

Atravesó la pequeña aldea silbando una graciosa cancioncilla de amor, mientras saludaba con un alegre gesto de la mano a todos los vecinos con los que se iba cruzando. Su felicidad estaba más que justificada, pues era el día en el que iba a encontrar el amor verdadero.

Siempre había llevado una existencia solitaria; no le faltaban amigos, desde luego, y era apreciado en la aldea, donde era famoso por tener un corazón más grande aún que su barriga. Se ganaba la vida como leñador, pero este oficio arduo y tradicionalmente asociado a hombres rudos y vigorosos no había logrado arrancar de lo más profundo de su alma su carácter tierno y soñador. Mauricio reservaba la aspereza exclusivamente para blandir su hacha y hacer caer inmensos árboles, pues cuando llegaba a casa se refugiaba entre las páginas de las innumerables novelas de amor que poseía, sin contener las lágrimas de emoción que se deslizaban hasta su tupida barba cuando los protagonistas se daban el beso final.

Amor, eso era lo único que le faltaba para ser feliz.

Cuando dejó atrás el pueblo y se internó en el bosque, fue pensando en cómo debía pronunciar su deseo. Como todo el mundo, el hombre sabía que cuando se trataba de asuntos mágicos no solo había que visualizar lo que se quería conseguir, también había que formularlo de forma clara y concisa, para que los poderes que intervenían en el proceso

supieran exactamente qué deseaba la persona. Mauricio no quería sorpresas inesperadas ni jugarretas del universo, por eso había meditado muy bien sobre aquello.

Él anhelaba una historia de amor como las de sus libros, sin embargo no sería aquello lo que pediría a la bruja, pues en muchas ocasiones, los amantes de estas historias se enfrentaban a innumerables sufrimientos y su pasión desenfrenada los conducía a un final trágico.

Quería encontrar a su alma gemela, alguien que lo amase de forma intensa, sincera, exclusiva. Deseaba una compañera leal, que solo tuviera ojos para él, que esperase impaciente a que regresara a casa. Alguien con quien acurrucarse en las frías noches de invierno, que disfrutara dando largos paseos por el bosque, y que aceptara todos sus defectos, sin juzgarlo. Mauricio quería que a su vida llegase la pareja perfecta, que al igual que sucedía en los poemas de amor, fuese cariñosa, supiera perdonarlo todo, y disfrutase de los pequeños regalos que la vida nos hace cada día. Que fuera capaz de entregarlo todo sin exigir nada a cambio, confiando en que el otro sería capaz de corresponder a ese amor tan puro y profundo.

Distraído con todas estas cuestiones tan quijotescas, ascendió sin apenas ser consciente de ello, el camino que llevaba a la gruta donde residía la bruja del lugar. Ya había algunas personas concentradas en el lugar, esperando a que llegase su vez. Nadie hablaba mucho, pues todos se encontraban demasiado concentrados en lo que querían pedirle a la bruja. Mauricio sonrió contagiado por el ambiente de nerviosismo e ilusión que se respiraba y esperó paciente su turno.

Cuando entró en la cueva, lo envolvió un embriagador aroma a miel, salvia y artemisa. Era un lugar oscuro, iluminado únicamente por la luz de las velas y de una pequeña lumbre que crepitaba con suavidad. Del techo colgaban docenas de manojos de hierbas mágicas, y sobre una mesa de de piedra había varios tarros de cristal que contenían extrañas sustancias. La bruja, una mujer de mediana edad, figura robusta y expresión benévola, lo invitó a sentarse frente a ella.

No hubo saludos triviales ni fórmulas de cortesía entre ellos. La mujer se dirigió a él directamente, preguntándole si había meditado bien lo que quería pedirla. Asintió entusiasmado. Ella le dio el tiempo necesario para que se concentrase bien en su deseo. Mauricio tomó aire y pronunció con solemnidad:

—Trae a mi vida un amor incondicional.

Ella sonrió. Los encargos más frecuentes con los que se topaba eran las peticiones de índole romántica. Tenía una gran experiencia en temas del corazón, nunca uno de sus hechizos había salido mal: aquella persona que acudía a su cueva en busca de amor siempre hallaba lo que pedía.

— Regresa a tu hogar. Tu compañera te estará esperando cuando llegues.

Mauricio entregó el pago por sus servicios, le agradeció efusivamente su ayuda y regresó —todo lo rápido que sus cortas piernas le permitían — a su casa.

Durante el camino de regreso no paró de pensar en ella. ¿Cómo sería su aspecto? ¿Alta, baja, flaca, gruesa, rubia, pelirroja? Él no se había preocupado por desear un físico determinado, sabía que mientras estuviera llena de amor hacia él, la querría. ¿Sería perspicaz o ingenua? ¿Charlatana o siliente? ¡Ay! ¡No podía soportar la emoción, los nervios por descubrir cómo era su amor verdadero!

Cuando atravesó la puerta de su cabaña, todo parecía igual. Mauricio miró de un lado a otro, pero allí no había nadie. Debía de estar esperándolo en el diminuto dormitorio.

Con el corazón en un puño se dirigió a su habitación. Abrió la puerta con suavidad, dio un paso al frente y se asomó tímidamente por el marco.

Y por fin, tumbada sobre la cama, descubrió a aquella con la que compartiría el resto de sus días. De abundante cabello azabache, un ojo verde y el otro marrón y una expresión de absoluta inocencia, se lanzó hacia él dando alegres saltos nada más verle.

Mordisqueó emocionada los cordones de los zapatos de Mauricio, correteó a su alrededor con una expresión de absoluta felicidad, y se tumbó sobre la espalda para que le rascara la panza. No debía medir mucho más de sesenta centímetros, tenía una cola corta y rizada sobre sí misma y unas orejas largas que se agitaban descontroladas cuando sacudía la cabeza.

No es de extrañar el inicial desconcierto y posterior enfado del pobre Mauricio. La bruja no había hecho bien su trabajo. ¡Nunca, ni por un solo momento, había pensado él en tener un perro!

Aunque su primer impulso fue acudir de nuevo ante la bruja y pedir una explicación para aquel despropósito, Mauricio no era un hombre que se dejara llevar por la ira, ni al que le durasen los enfados. Aún algo decepcionado se sentó en el banco de madera que tenía en el saloncito, junto a la estufa de carbón. Con un ágil salto, la perrita se colocó sobre sus rodillas.

Mientras le acariciaba la cabeza, Mauricio intentó recordar qué había pensado exactamente a la hora de formular su deseo. Para él estaba claro: un amor leal, entregado, exclusivo, auténtico e inagotable...Paseó la mirada por la estancia, hasta detenerla en la repisa de piedra sobre la que descansaban sus novelas. Un amor como el de aquellos libros...

Entonces comprendió. No existía ser humano capaz de amar de la forma que él había pedido: de forma absolutamente desinteresada, sin esperar ni siquiera cariño a cambio. El amor entre dos personas no se podía encontrar de repente, una buena mañana de febrero gracias a un conjuro. El amor había que construirlo. No consistía en adueñarse de la vida del otro, sino de compartir libertad. Y nunca sería infalible: por ocasionales que éstas fueran siempre existirían las peleas, los momentos de frustración y el ocasional rencor. Las novelillas que a él le gustaba tanto leer no hablaban de amor real y verdadero, simplemente dibujaban una versión edulcorada de éste, glorificando las relaciones de pareja.

Sólo había una criatura capaz de entregar esa clase de amor idealizado con el que él, ingenuo, había soñado, y era la que en ese instante dormitaba sobre su regazo.

Mauricio sonrió feliz, comprendiendo lo que los años junto a aquella perrita le confirmarían: que el hechizo no había fallado. Nunca encontró un amor más verdadero, ni más incondicional, que el que aquella criatura le entregó durante toda su vida.